



El desafío del secarral verde

España tiene un enorme potencial en sus aguas subterráneas, pero debe modernizar y adaptar sus sistemas hídricos al reto del cambio climático

Miguel Ángel García Vega

No cesa el orvallo y la blanda línea del horizonte se ha borrado como un niño que corrige un error con una goma de nata. El agua es oro insípido, pero despite toda la iridiscencia y escasez del mundo. Solo el 3% del planeta es agua dulce. Únicamente el 0,25% resulta potable. Y al igual que esos zancudos que nunca se sumergen, hoy contemplar un río limpio es una especie endémica y cara. De hecho, si incluimos el suministro urbano, industria y regadíos, el sector del agua, recuerda Alberto Martín, socio responsable de energía y recursos naturales de KPMG en España, mueve 10.000 millones de euros anuales en gastos e inversiones. “Y el 40% de la red de distribución tiene más de tres décadas: se pierde casi un 25%

en fugas”, alerta el experto. Uno de los niveles de extravío más elevados de Europa. El analista dirige la responsabilidad hacia una fatiga crónica de la financiación.

Este es el paisaje baldío. España es una tierra árida en riesgo de desertificación, aunque sabe gestionar su escasez. El clima extremo recuerda nuestra fragilidad. Pero hay algo de zahorí en este quebranto y quizás haya que buscar más allá de la superficie. “El problema del agua es de gestión de la demanda, no de la oferta”, sorprende Elena López-Gunn, investigadora y fundadora de la consultora medioambiental y cambio climático Icatolist. No yerra. Ha trazado los cálculos, junto con otros expertos, como Juan María Fornés y Fermín Villarroya. “Las aguas subterráneas anuales en España suponen el 31% de la escorrentía (110.855 hectómetros cúbicos) y solo representan entre el 11% y el 23% que transcurre bajo tierra en los primeros 200 metros de la zona de saturación”. Es como descubrir, por ejemplo, que ese arquetípico

paisaje de una Castilla de secano podría esconder un vergel bajo sus campos. Son porcentajes que revelan el potencial subterráneo. Una cifra. El consumo corriente de agua en España supone el 52,8% de sus reservas. “La gran debilidad no proviene de la pluviosidad o la acumulación, sino de la calidad del agua. Hay ciudades donde no es saludable”, refrenda Alberto Garrido, director del Observatorio del Agua de la Fundación Botín.

Apremia entender que los vertidos y las aguas viajan geografías arriba y abajo. Lo que ocurre en Madrid afecta a Aranjuez o Toledo. Son sistemas enlazados. Aguas arriba, la crisis climática dreña la tierra y extrae el recurso. “Resulta clave invertir en la modernización y mejora de los regadíos, luchar contra el uso ilegal de acuíferos, crear desaladoras respaldadas por energías renovables y digitalizar la medición del consumo para que su reparto sea eficiente”, desgrana Alberto Martín. También es innegociable garantizar su acceso a todos los colectivos vulnerables. Por ahí fluye el Pacto Verde, que entrará en vigor este ejercicio. “La Europa posterior a la covid-19 debe ser más ecológica, más digital y mejor adaptada al cambio climático”, resume Manuel Menéndez Prieto, asesor del secretario de Estado de Medio Ambiente y ex director general del Agua (2018-2020).

Cada uno barre para casa

En el fondo, se tienen que evaporar las divergencias. El Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico lleva un año tratando de poner de acuerdo a las comunidades autónomas. Para que sea un desafío y una responsabilidad común; no 17, una por región, como hasta ahora. Muchas amuralladas en sus reinos

de taifas. En diciembre pasado, el presidente Emiliano García-Page presentaba su propio acuerdo hídrico para Castilla-La Mancha casi al mismo tiempo que Andalucía anunciaba el suyo. “Hace falta un pacto de Estado”, reivindica Andrés del Campo, responsable de la Federación Nacional de Comunidades de Regantes (Fenacore). “Sobre todo en estos momentos en los que el interés localista o partidista está contaminando políticamente la gestión del agua, especialmente la que discurre por varias comunidades”. Cae la lluvia innegociable. La agricultura es el mayor consumidor de este escaso elemento. Y la digitalización —pensemos en sistemas de riego inteligente— resulta imprescindible. La respuesta del Gobierno es la búsqueda de ese Plan y su consenso, la interconexión de las desaladoras (para que se pueda distribuir en zonas regables independientemente del recurso), las depuradoras y la reutilización. El objetivo de la Administración es que cada región sea autónoma y por eso está redactando su Plan Nacional de Depuración, Saneamiento, Eficiencia, Ahorro y Reutilización (DSEAR).

En principio, a los expertos les suena bien DSEAR. Quizá porque recuerda a un infinitivo que transmite ilusión. Voces que analizan la humedad del orvallo. “Una interconexión de estas infraestructuras [desaladoras] hace que se inyecte en las redes de distribución el agua necesaria en cada momento sin tener plantas infrautilizadas e incluso llegar con líquido desalado a zonas que ahora resulta imposible”, reflexiona Domingo Zarzo, presidente de la Asociación Española de Desalación y Reutilización (AEDyR). Pero el equilibrio surge inestable. “Porque las desalado-

El sector del agua mueve 10.000 millones anuales en gastos e inversiones. Aun así, el 40% de la red supera los 30 años

Las empresas buscan más y mejores proyectos mixtos con la Administración porque esta sola no puede atender el servicio



SUBIM PUMSON (GETTY IMAGES)

ras generan una huella de carbono muy grande, de ahí la importancia de las energías renovables”, advierte Elena López-Gunn.

El agua se filtra por todas las grietas. Solo parece sellada en el mercado. Ahora, incluso, cotiza en Estados Unidos, en el margen de futuros, como si fuera oro o trigo. El capitalismo tiene un inmenso *talento* para transformar problemas en dinero. “El precio del agua crece con el IPC de manera estable, y mientras la volatilidad del petróleo entre 1989 y 2016 fue del 40%, el *oro azul* se mantuvo en un 4%”, precisa Gonzalo Rengifo, director general de la gestora Pic-tet AM en Iberia y Latinoamérica. Pero el diálogo no es el dinero.

Ese viento de mentiras y falsedades que se ha vivido recientemente en Texas, por la ola de frío, refleja cómo la emergencia climática destroza la vida de millones de personas de la democracia liberal más antigua del planeta. La electricidad es esencial; el agua, irremplazable. Si no conseguimos la neutralidad climática, “nuestros hijos y nietos irán a la guerra por el agua y el aire limpio”, avisó el pasado febrero Frans Timmermans, vicepresidente de la Comisión Europea para el Pacto Verde. Necesitamos nuevas riberas hacia las cuencas. Sobre todo con los más vulnerables. “El pacto social no es una frivolidad, sino una necesidad para el servicio del agua”, apuntó Miquel Roca Junyent, miembro del consejo asesor de Agbar. El sistema es conocido. En muchos casos, en las ciudades, el abastecimiento del agua, la depuración y el saneamiento son responsabilidad de operadores privados. “El desafío es asegurar que ofrecen el servicio con una calidad adecuada, se respetan los requerimientos medioambientales y se efectúa con unas tarifas que puedan ser asumidas por los ciudadanos”, subraya Menéndez Prieto.

Se precisa coordinación

En España, el modelo de colaboración público-privada es la base de los Proyectos Estratégicos para la Recuperación y Transformación Económica (PERTE). Un enfoque de la Administración que trae sus reticencias. Históricamente nunca ha habido un sistema estable. Las empresas se quejan de altas inversiones (una desaladora es cara, y el 51% debe estar bajo el control público) y reducidos retornos (sobre el 5%). Aunque poco importa. Habrá que sacrificar un poco del balance por un futuro. En la última junta de accionistas de Acciona, José Manuel Entrecanales, presidente de la compañía, reivindicó la colaboración entre lo público y lo privado para superar la crisis. “Los recursos necesarios son de tal magnitud que las actuaciones públicas que se diseñen serán insuficientes sin la participación decidida del sector empresarial”. Conoce su enorme valor. El negocio del agua generó a la compañía 976 millones de euros el año pasado, un 28,8% más.

Por ahora, si la Comunidad de Madrid es un arroyo subterráneo, parece que los ciudadanos entienden que manejan un recurso escaso. El consumo ha caído de 535,97

hectómetros cúbicos en 2010 —acorde con el relato del Canal de Isabel II— a 488,27 el año pasado (un 9,1% menos), y se ha abastecido a 6,55 millones de personas.

Sorprendentemente, los números demuestran que España no es ningún secarral. Lo que tiene que brotar es una buena gestión y la economía circular junto a una mirada del ciclo urbano y agrícola del agua que entienda que la emergencia climática inunda los cristales de nuestras casas y campos.



Ideas europeas

Todo fluye, y de los fondos Next Generation EU llegan algunas buenas ideas. Por ejemplo, restaurar 5.000 kilómetros de ríos. Una manera de evitar las inundaciones que trae el clima extremo y, a la vez, suturar el destrozo de la urbanización especulativa de los años noventa en nuestro país. También fluye la propuesta de transformar las depuradoras en *biorrefi-*

nerías, que generen agua y nutrientes. Detrás existe una conexión digital y una advertencia. Unas 1.064 presas en España tienen una edad media de 56 años. Casi la mitad se acerca a su vida útil, advierte la ONU. La digitalización es parte de la respuesta. Tenerlas controladas con infinita precisión. En estos días, todo parece impensable hasta que sucede.